

Homenaje a Edith Litwin

Texto de la intervención en homenaje a Edith Litwin en la clase inaugural 2011

El equipo del área de Tecnología me invitó a hablar en este homenaje a Edith Litwin en mi carácter de Profesora de la carrera pero después de pensarlo bastante, decidí que voy a hablar como Lidia Fernández, profesora de esta carrera sí, pero también muchas otras cosas más que jugaron en mi larga relación con ella.

Personalmente me vinculó a Edith Litwin una relación académica que se inicia en los años 60, siendo yo una muy novata auxiliar docente-estudiante y ella una alumna del 2do año de la carrera de Educación de la UBA, y que transcurre la mayor parte del tiempo por los andariveles de la relación en los mismos espacios de investigación y el mismo claustro universitario aunque diferenciadas por nuestras especialidades y prácticas, muchas veces motivo de debate.

En cuatro oportunidades la relación se hizo estrecha. Cuando me invitó a hacerme cargo en la Maestría de Didáctica que dirigía, del Seminario "Análisis institucional de la intervención didáctica" y cuando me pidió que la acompañara a enfrentar tres de los tantos desafíos biográficos a los que dio destacada respuesta en su trayectoria. Me refiero al momento en que toma la Dirección del Programa de Formación Docente del Ministerio de Educación (1998-2001), al tiempo (2008-2010) en que ocupa la Secretaría Académica de la Universidad de Buenos Aires, responsabilidad que la encuentra en funciones a la fecha de su muerte, y a su decisión cuando encara la presentación de la obra que consideró sería su última producción: "El oficio de enseñar".

De esos cuatro momentos quedó para mí un conocimiento más profundo de Edith, de sus formas de gestión, de sus perspectivas e ideales, de su firmeza de convicciones y su audacia institucional.

La invitación a hacerme cargo de los seminarios supuso dar entrada franca a una perspectiva de análisis y un tipo de práctica que Edith miraba con respeto pero también con cierta distancia,

tal vez con un algo de duda. Significó un riesgo para ella que asumió con consecuencias: la difusión de los enfoques institucionales a lo largo del país y un lento acercamiento en nuestros modos de enfocar los fenómenos.

Más tarde, en las otras dos oportunidades, su respeto y valentía se vieron probados nuevamente en el desarrollo de acciones que acordábamos y que entraban de pleno en el campo de las intervenciones institucionales “desbordando” el foco de lo didáctico y posibilitando experiencias de las que puedo dar testimonio ya como observador, ya como actor principal.

Durante los años 1999 a 2001 estuvo a cargo de los Institutos de Formación Docente de Argentina, en una época difícil y contradictoria para nosotros. Aunque las tareas que realizó en esos espacios fueron múltiples y merecen una publicación que me proponía pero no tuvimos tiempo de hacer, quiero referirme aquí a la acción con la que su decisión produjo una ruptura de los moldes de la gestión ministerial, para hacer realidad la muy mencionada y tan bastardeada autonomía institucional: me refiero al proyecto Polos. Un Proyecto que diseñó y coordinó con Mariana Maggio y en el que no participé directamente, lo que me permite estimar con mayor objetividad sus méritos y logros.

El Programa atendía a más de 1000 Institutos distribuidos hasta en las zonas más alejadas del país y la tendencia de algunos sectores postulaba un cierre y racionalización al modo en que se había realizado en la Provincia de San Luis en los 90. En esa provincia, profundizando el modelo que impuso la gestión ministerial del Gobierno de Menem, se cerraron todos los Institutos docentes y se reabrieron dos considerados “de excelencia”. Contra esta posición, Edith Litwin y el equipo que la acompañábamos, sostuvieron la imperiosa necesidad de mantener abiertos estos Institutos que en muchas ocasiones y en muchos kilómetros de extensión eran el único contacto posible entre la educación, la cultura y los pobladores.

Consciente de que el cumplimiento de tal función requería un desarrollo profundo de sus equipos docentes y sus modalidades

de trabajo, sobre todo en el caso de aislamiento geográfico, la oposición al cierre se acompañó de una serie de proyectos de acción que se diferenciaron netamente de los modos de intervención históricas del organismo central-antes y después de ese momento dando un verdadero lugar de autonomía a las instituciones. Aunque los proyectos fueron varios, en ese momento y transcurridos casi 10 años es posible decir que el cambio que se inició pivotó sobre el Proyecto “Polos”.

Consistente en solicitar la reunión en Red de los Institutos, en pedir a cada red la selección de uno equidistante en distancia que fuera considerado referente por sus colegas y en asignar a él un fondo para innovaciones, lo central del proyecto fue la suspensión que la unidad central hizo sobre su poder de influencia o decisión. Efectivamente cada Instituto-polo, en análisis con el resto de los Institutos asociados, podía decidir – según sus áreas de mayor desarrollo y según su diagnóstico de las necesidades locales -el tipo de proyecto en el cual invertiría los fondos así como el Consultor externo que deseaba proponer. Ambas cosas se respetaron a ultranza y el Programa central sólo se limitó a apoyar cuando era demandado.

El impacto de esta forma de intervención ha dejado no sólo una experiencia memorable en sus protagonistas sino también multitud de redes interinstitucionales que continúan funcionando a pesar del cambio en los estilos de gestión y de los procesos de recentralización que protagoniza el sistema educativo argentino.

Durante el período 2008 -2010 Edith fue Secretaria Académica de la UBA. Durante ese tiempo, nuevamente, muchas fueron las acciones importantes. Esta vez me voy a referir a una en la que me vi directamente involucrada.

Su programa proponía una línea de intervención institucional a través de un trabajo inter-facultad y con el apoyo de las asesorías pedagógicas. Su intención era animar la consideración y el debate sobre la Pedagogía Universitaria. Aceptó con amplitud mi propuesta de retomar y profundizar la línea de trabajo que se había

iniciado en la década del 80 a través de las Jornadas con docentes y las llamadas EXPOCÁTEDRAS.

Así en el 2008 –y en tiempos récords como los que marcaba el ritmo de su estilo- la Secretaría organizó un Encuentro interno de Profesores para presentar y analizar experiencias pedagógicas donde se retomó profundizando el tipo de Taller que habíamos explorado en aquellos años.

En el 2009 la apuesta se dobló con la organización del primer Congreso internacional de Pedagogía Universitaria en la UBA.

En ambas ocasiones se volvieron a provocar rupturas. Esta vez con los hábitos que hacen de los Congresos lugares de acreditación y negociaciones. Con la sencilla decisión de tiempos amplios para los talleres (3/4 horas) y comunicación previa de los grupos a través de la lectura y comentario de trabajos pertenecientes al Taller, tanto el Encuentro 2008 como el Congreso lograron generar espacios reales de intercambio y producción de análisis y pensamiento que fueron intensamente valorados por profesores e investigadores y animaron la recuperación de un movimiento interrumpido en el '92 y que ahora, nuevamente, quedó a la espera de oportunidades.

En el 2008 y en oportunidad de la presentación del “Oficio de enseñar” me pidió que presentara la obra. Eso me llevó a su lectura profunda y a interiorizarme de sus múltiples sentidos en la vida de Edith.

Quiero extenderme algo más sobre esto y también sobre su proyecto de “otra última obra”.

Sabiendo que estaba próxima la partida en la que no podría ganarle a la muerte, durante el verano del 2008 trabajó “El oficio de enseñar” como una síntesis de lo que al final del trayecto, deseaba decir a los educadores.

En la presentación cumplí con lo que se espera de un presentador: hablé del libro en su contenido y valor científico pero me permití hablar de otros valores que había decidido destacar.

Por una parte el libro en sí como el producto de la decisión de hacer visible y ampliar los beneficiarios del legado que siempre significa una trayectoria destacada de trabajo. Por otra la forma misma que decidió dar a ese legado.

Dije en ese momento:

“El libro está disponible, sin alardes, para los que quieran tomarlo, dejarse impregnar por sus ideas y provocar por sus interrogaciones y propuestas. Toca casi, porque nunca nada puede abarcar todo, pero casi todos los puntos y aspectos que pueden ser mirados y atendidos cuando uno se propone reflexionar sobre la cuestión de enseñar. Ellos están planteados y desarrollados de forma sugerente.

Pero además la factura de esta obra es una escritura cómoda que se despliega sin pretender decir todo y sin afirmar en forma terminante casi nada, con la fluidez de una corriente que invita a caminar. En un campo como el de la enseñanza y el de la didáctica, una especialista como Edith Litwin, reconocida por su valor teórico y de quien se espera la indicación justa, opta por hacer visibles sus certezas, el derivar de su pensamiento y sus preguntas.

El dejar ver la índole y el estilo personal en la producción de conocimiento es sin duda el más preciado legado de un formador; el indicador mas claro de una generosidad de sí sin la que no puede resultar significativo en la formación de los otros. Ese legado está aquí con una claridad que supera todas las que Edith alcanzó en obras anteriores. La mayor virtud de esta producción, a mi entender, radica en eso.

Por eso este libro habla del oficio de enseñar y es en sí mismo por su carácter y esa modalidad una invitación a la relación cómplice entre un formador y aquellos dispuestos a entrar en su taller, para juntos hacer posible la transmisión genuina de secretos de oficio acuñados a lo largo de una larga experiencia de vida con la enseñanza.”...

Edith vivió todavía casi dos años más y esto le hizo comentar con humor, “Es que yo pensaba que ya me moría...ahora voy a tener que escribir otro libro “.Y efectivamente inició la escritura de otra obra que en los últimos días lamentó dejar inconclusa.

Planificaba un libro donde en un vuelco que la alejaba algo de su enfoque pedagógico-didáctico, se aproximaba en forma decidida al enfoque institucional: “el cambio de la escuela no es cuestión de estrategias -me dijo en una de nuestras últimas conversaciones-, es indispensable cambiar la organización de la escuela”. Y añadió “¡Que lástima! ya no puedo terminar este libro”.

En memoria de Edith una invitación.

Es cierto que la muerte es una realidad seca de sentidos, inevitable e irreversible. Pero es cierto también que hay muchas maneras de enfrentarse a ella.

Desde hace seis años cuando se diagnosticó su enfermedad con un pronóstico de final inminente, le oí decir: ...“No quiero arrastrar la vida hasta la muerte. Quiero vivir mientras pueda enseñar, escribir, estar lúcida y con ustedes. Cuando eso no sea posible quiero cerrar. Tuve una buena vida y quiero que se termine siendo buena... no hablemos de la enfermedad... hablemos de proyectos...”. Muchos se asombraron de no saber nada de la gravedad de su mal. Ella no quería que de eso se hablara. No por alguna razón política como algún ciego arriesgó, ni siquiera por pudor. “Mejor no hablar de esto porque cuando veo susto o pena en los ojos de la gente, pierdo fuerzas”

Durante los seis años que transitó su enfermedad, mientras trabajaba, estaba, escribía, decidía e inventaba, en otro andarivel seguía, como el caballero de Bergman, jugando una larga partida final que ya no podía ser negada. Era tal su vitalidad que lo olvidamos muchas veces, tanto que nos sorprendimos de su muerte y reaccionamos con incredulidad, como si no fuera posible.

Sin duda que para gente como Edith el final siempre ocurre en las vísperas porque siempre habría habido mucho más para

vivir. Sin embargo la firmeza con la que miraba lo vivido y a los que amaba, la calidez con la que seguía hallándole sentido y el amor con el que consoló a los que le estaban próximos no merecen más que una celebración.

Por todo eso creo que soy fiel a esa firmeza y a su deseo si invito a celebrar la vida de Edith Litwin, una mujer y una universitaria a quien la muerte halló, como ella quería, viva, comunicada afectivamente con nosotros y pensando.

